

Mariella Fumagalli: "¡Que aparezcan, eh!"

Miembro del Equipo Argentino de Antropología Forense (EAAF), coordinadora de la Unidad de Búsqueda en Argentina, Mariella Fumagalli nos lleva con ella a sus viajes por el mundo. Nos lleva, también, a un viaje por sus reflexiones, y por sus ganas de que todo el mundo tenga una respuesta.

Por Malena Torres

En el patio trasero de aquel café de Bernal, las abejas rebotan por todas las mesas y hace calor. Mariella Fumagalli llega y se sienta del lado de la mesa donde dejaron la carta. Se pide un *flat white* y un *croissant*. "Estos nombres raros que le ponen a las cosas ahora". Entonces Mariella comienza a hablar. Y rebota. Rebotan sus manos por el aire mientras nos cuenta todas sus aventuras por el mundo, por el cual ella también rebotó. Rebota su cigarrillo entre una mano y otra, que nunca llega a terminar de fumar. Rebota entre grupos de amigos, entre culturas, entre idiomas. Rebota su mirada, porque el sol le está dando directamente en la cara. Rebota, en palabras de ella, "como en una tómbola". Como una bolilla esperando a definir un destino.

Mariella fue una adolescente del conurbano de los 90' criada por el menemato y la herida abierta de una dictadura que había terminado hacía no mucho. La represión y la falta de oportunidades, palpitando una crisis a comienzos de este milenio, dejaron una marca importante para ella en aquellos años. "Yo recuerdo Okupas por ejemplo, y Okupas era exactamente lo que pasaba cuando nosotros éramos adolescentes." Esos años también estuvieron caracterizados por un vaivén entre su grupo de amigos de la secundaria, "los de escuela privada", y sus amigos del barrio, "los punkies", como le gusta describirlos a ella. La diversidad ya era un interés presente desde muy chica.

"Yo de chica no sabía qué quería hacer. Pero sabía que me interesaba la diversidad cultural y la posibilidad de observar esa diversidad desde una praxis, no desde la actividad académica. Para mí una gran influencia en mi decisión, mi vida y por dónde encarar la profesión fue mi abuelo materno. Mi abuelo hizo solo la primaria, muy laborante, militante del partido comunista, una militancia de muchísimos años, décadas. Y él empezó a viajar mucho por el partido, y el tipo conoció... Imagínate viajar a la Unión Soviética en el 65. Comunista, ateo, cosas que no se podían ser en ese momento. Me juntaba

todos los artículos que aparecían en los diarios sobre antropología, arqueología, historia.. Un compilador de cosas. Muy abocado a la diversidad, al estudio del ser humano como ser social."

¿Cómo fue que llegaste al EAAF?

-En el 2002, 2003. Recién arrancaba a estudiar antropología en la UBA. Yo tenía 20 años, no sabía ni que existía esa institución. Y a través de una compañera de la facultad que me dice "En el EAAF yo trabajo como pasante, hacen esto y esto". Yo cursaba con una amiga y dijimos bueno, ¿se puede ir? Tomá el teléfono, llamá. Así que fuimos con mi amiga, ella también arrancó a laburar conmigo. Laburamos como 10 años, después se fue. Y cuando llegamos al EAAF nos reciben, claro, muy niñas. Y nadie conocía, —esto es lo más gracioso—, nadie conocía a la piba esta que nos había mandado. Nadie la conocía, capaz la piba había ido en algún momento, pero no era pasante. Y fue como.. bueno no sé, viste como esas cosas muy raras del destino, cómo terminaste acá. Muy raro.

¿Y les gustó a tus viejos cuando entraste ahí?

-El mejor amigo de mi abuelo está desaparecido. Siempre fue una problemática muy presente en mi casa. Entonces cuando yo empecé a trabajar acá para ellos fue buenísimo, pero después hay cosas que fueron entendiendo con los años. "¿Cómo te vas a subir a un avión, vas a estar tres meses en Rusia, después venís acá y te vas a ir tres meses a México?". Y ahora es como, bueno, la resignación más que otra cosa. Lo entienden y está bárbaro, pero vengo de un modelo familiar muy distinto. Mis viejos están juntos hace 40 años, súper tradicionales. Mi viejo contador, mi mamá ama de casa. Muy distinto al modelo de vida que yo elegí. Pero bueno, siempre lo apoyaron. Siempre sentí todo el apoyo por su parte, el orgullo para ellos porque es una problemática muy presente históricamente en la familia. Igual... El chiste es siempre el mismo. Nunca un lugar copado ¿no?

El trabajo no es tan maravilloso como la gente se imagina. Y no es para nada como CSI: "Todo es muy lento y es muy artesanal. Hay mucha especulación o ilusión de que hacer identificaciones y buscar personas desaparecidas es algo muy mágico. La gente está muy permeada porque en los últimos años hay un

boom de lo que es la ciencia forense. Los programas: hay 200 millones de series de televisión sobre búsqueda forense. Equipo de criminalística que van a una escena del crimen, levantan un cuerpo, agarran un pelo, hacen un ADN, pum, se identificó. No es así, es completamente lo opuesto”.

De igual manera, entre todos los procesos de su trabajo, Maru encuentra su lugar en su profesión: la fosa. “A mí me frustra la investigación. ¿Qué necesitamos para poder elaborar una línea de investigación? Que esta persona consiga esto, que esta persona consiga lo otro, que después haga tal cosa. Y es muy difícil ese fluir. Pero después en la fosa no me pasa. Porque ahí es un proceso que de alguna manera, -en la omnipotencia del ser humano-, manejo yo. Es un lugar donde me siento muy cómoda trabajando. A mí el campo de trabajo es algo que me gusta mucho. Todo el resto de los actores, todas las complejidades que la intersubjetividad plantea, en este momento se van. Estás en una fosa, tenés que hacer una excavación, tenés uno, dos esqueletos. Es metodología pura, y praxis.”

Ordenado y sistemático. Y a la vez, es imposible dejar de contemplar aquel lado b, aquel lado social, lo que sigue después de la fosa.

¿Después de hacer las identificaciones quedan lazos con las familias?

-Sí. Es increíble la cantidad de consecuencias que tiene el proceso de identificación de una persona desaparecida en la subjetividad de un individuo. Es terrible. Es ver la transformación que se produce en esa gente a partir de la adquisición de una certeza y de poder darle un cierre a un proceso inacabado de duelo como lo es el generado por una desaparición. Culturalmente el ser humano para entender la muerte, o para darle una dimensión necesita hacer un duelo. Necesita tener un cuerpo y certificar el paso de la vida a la muerte. La desaparición corta esa cadena, la persona queda en un loop. Cualquier cultura en la que uno trabaje, la representación y la significación de paso entre vida y muerte están dadas por el cuerpo. Somos individuos racionales, hay que entender, ver y entender para creer. Las transformaciones que se producen son increíbles. Hay familias de desaparecidos cuya identidad recuperamos con las que nos llamamos para todos los cumpleaños Navidad, año nuevo. Sí se generan vínculos porque vos pasas a ser como un miembro más de la familia.

Es dar un seguimiento más allá, no siempre el camino es el éxito. El porcentaje de identificación es bajísimo. Para las familias que están esperando una respuesta es difícil. Para uno también es frustrante, yo le quiero dar respuesta a todos. ¿Hasta dónde eso se puede?

¿Lográs desconectar del trabajo?

-Lográs desconectar al punto de que bueno, el trabajo no es mi vida, es un trabajo. El tema con este trabajo es que tiene ciertos tintes de militancia. No somos cajeros de McDonald's. Estamos trabajando con gente que te llama a cualquier hora, que tiene crisis de angustia, que siempre están nucleados con la muerte. Yo creo que de alguna manera el cerebro logra poner casilleros. Yo lo aprendí, me costó mucho. Nosotros no somos bomberos, hay que poner una distancia porque es un trabajo. Pero bueno, no es fácil. Te llama un familiar un viernes a la noche y lo atendés. Es medio imposible desligar del todo. No sé a nivel inconsciente o psicológico cuáles serán las secuelas. Todos tenemos poca atención psicológica, la salud mental del recurso humano EAAF no está con todos los patos en línea.

Maru nos cuenta de sus anécdotas por el mundo, las convierte en historias. Nos cuenta sobre su experiencia en El Cáucaso, y cómo se encontró trabajando en un campo donde se podían encontrar granadas en cualquier momento. "Yo nunca en mi vida había visto una granada, y de pronto tenés que aprender a reconocer una granada, un detonador, un detonador casero, una bombina antipersonal". Se acuerda, y también se ríe, de aquella vez en México en la que no podía ni ir sola a comprar porque estaba las 24 horas del día custodiada por un oficial del ejército. "Mirá si voy a entrar a la tienda con un tipo armado hasta los dientes que te seguía atrás. O sea, una situación que está a años luz de lo que uno puede vivir".

¿Tuviste algún choque cultural muy fuerte en algún lugar?

-Sí, en Filipinas. Esa experiencia fue rara porque yo no sabía ni dónde iba. Yo viajé de acá sola y me encontraba con una compañera. Llegamos a la capital y de ahí nos subieron a un avión, nos llevaron a una isla y ahí se armó un campamento. Quedamos viviendo con la comunidad, imagínense: una montaña, una escuelita y un campamento improvisado. Estaba la comunidad y

nosotras dos, y laburamos con dos ONG de Filipinas, que eran intérpretes. Porque yo apenas te hablo inglés, filipino imagínate. Y ahí estuvimos una semana, lavándote la cabeza con un tacho, cagando en un balde. Era más joven, fue hace como diez años ya. Y el caso era ir a buscar a 3 personas que estaban supuestamente inhumadas en ese sitio, en un área cercana, que habían sido asesinadas producto de la última dictadura que tuvieron en Filipinas, que duró hasta mediados de los 80. Llegamos y empezamos la búsqueda. Día dos, día tres, los cuerpos no aparecían, los cuerpos no aparecían. Dos días antes de irnos aparece un chamán, que además era el administrador de la aldea donde estábamos parando. Estábamos todos comiendo, comíamos en tableros gigantes, olla popular, nadie hablaba un carajo de inglés. Y viene el chamán porque nos quería conocer y toda una perorata de la que nosotras entendíamos la mitad. De pronto aparecen unas mariposas negras ahí dando vueltas en el medio del campamento y el tipo dice: "Ahora sí". Para ellos los espíritus de los muertos se transmutan en mariposas. "Están acá, están entre nosotros. Si ellos se dejan ver es porque ahora van a aparecer"... Y al otro día aparecieron los muertos.

Maru se detiene, como si después de tantos años, todavía tuviese que analizar lo sucedido en aquella experiencia.

-Yo no creo en nada, no tengo ningún tipo de fe en nada. Todo me parece mucha praxis, mucha racionalidad. Y eso fue como, la puta madre, hay algo más. No sé, ¿casualidad? Sí, casualidad, pero hay algo. Fue como una experiencia muy contrastante y media mística. Al otro día aparecen los cuerpos y nos miramos con mi compañera y pensamos, "nosotras cavando acá como unas boludas, ¿por qué el chamán no vino el día uno?" Haberlo sabido, me lo llevo conmigo.

¿Fuiste a algún lugar que fue tu abuelo?

-Sí, recién cuando pude ir a Rusia. Pude ir a Moscú y a San Petersburgo. Mi abuelo hizo el tren transiberiano de Pekín a Siberia. Y ahí fui de turista, porque también me mandaron a trabajar a Osetia. Cuando fuimos ahí pedí por favor que me extiendan el pasaje y me fui unos días a conocer Rusia y a no laburar.

Y ahí tuve la chance de hacer ese tren en el trayecto Moscú-San Petersburgo. Un flash.

Antonio y Mariella, Mariella y Antonio. Ella se reconoce un poco en su abuelo. En la militancia, en la postergación, en la tómbola.

-Mi abuelo se iba, viajaba tres meses, se iba en barco, imagínate en esa época. Mi abuela acá, criando tres pibitos, y mi abuelo se iba... Señor, todo bien, pero acá está la vida. Hay mucha postergación. En pos de algo uno resigna otras cosas, eso tiene un costo también. Seguramente eso habrá repercutido en la relación que mi abuelo tuvo con sus hijos.

Otra vez, pausa, y piensa.

-Yo no tengo hijos, recién ahora tengo un sobrino que me dio mi hermana hace dos años. Y te pone un poco en perspectiva. Cumple años él y yo no me quiero perder el cumpleaños. Ahí hay un límite. Yo voy donde quieran pero en esta época del año no. Cada vez también uno tiene que ir poniendo la balanza prioridades, pero para eso te puedo parar. Sino no paras. Es una vida de locos, postergas muchas cosas. Familia, vínculos, relaciones sentimentales.

Inevitablemente, surge la pregunta por la pandemia, y cómo ésta afectó aquel estilo de vida tan único que solía llevar.

-Yo la pasé pésimo, no estaba acostumbrada. Venía de un régimen de estar en Argentina en los últimos diez años, tres meses por año. Después estaba dos meses en México, venía para acá por un mes, iba tres meses al Cáucaso, volvía para acá, un mes a El Salvador. Y de pronto pasé al encierro y al zoom. Todo quietud, una pantalla, cuadraditos, encierro. No puedo ni ir al chino a comprar una birra. Todo negativo por ese lado, pero también te pone un poco en perspectiva. Fue el primer momento en los últimos diez años en el que yo me senté a pensar "Hace diez años que yo no soluciono un problema en mi vida". Porque ¿qué pasa? Me subo a un avión, me bajo de un avión, estoy acá, "¡Eh, familia!". Los veo a todos, nos tomamos una birra. "¡Los quiero! Adiós." Y me voy. Vas y venís, y hay un montón de cosas que te van pasando a las que no les prestas atención. No te sentás a pensar qué querés.

Esta pausa es más larga, y una dulce nostalgia inunda el aire como el aroma a café.

-Por momentos lo extraño, digo bueno, yo me iba a Ezeiza, ponía un candado a todos estos quilombos. Y ahora estoy acá, tengo que solucionar cosas. Pero bueno no sé, es esta etapa. A veces hay que sincerarse con lo que uno quiere. Es importante parar, pensar qué quiero hacer, cómo lo quiero hacer. Yo cumplí 40 años este año, y fue como wow, hace 20 que hago esto. ¿En 20 años voy a seguir haciendo esto? ¿Voy a poder seguir rebotando por el mundo? No sé. O rebotando por acá, por Argentina. No sé, pero tengo que pensar qué quiero. ¿Estoy creciendo? ¡Oh Dios, qué espanto!

Se ríe, y luego termina de contestar su propia pregunta.

-No sé, me veo un tiempo más. Unos años más seguramente. El punto también es el desafío. Nuevos desafíos, nuevas búsquedas, nuevas herramientas, nuevos contextos para llegar al resultado primordial, que es la identificación.

Ya terminamos. Pedimos la cuenta y el *croissant* sin terminar queda en el plato de su lado de la mesa. Mientras esperamos para pagar, una mariposa aparece revoloteando a nuestro alrededor. Es naranja, no negra como la de su historia. De igual manera, Maru se detiene a mirarla, la señala y exclama:

-¡Que aparezcan, eh!